

LA EDUCANDA,

REVISTA QUINCENAL

DE EDUCACION, ENSEÑANZA Y MODAS.



Año II.

Jueves 15 de Mayo de 1862.

Núm. 34.

INFLUENCIA DE LA EDUCACION

EN LAS COSTUMBRES DE LOS PUEBLOS.

No vamos á tratar este asunto con la extension y generalidad que su sentido reclama: nos proponemos examinarlo únicamente bajo un punto de vista concreto y con relacion á una cuestion no há muchos dias palpitante en la prensa política y el Parlamento español, con motivo de una desgracia lamentable que no podia menos de mover los sentimientos humanitarios, tan á la órden de la época, es decir, bajo un aspecto mas especulativo que práctico, mas hipócrita que moral, mas de efecto y de circunstancias que de interés real y de convencimiento. Pero no es del caso que nosotros entremos en este órden de apreciaciones, tan distante de la índole de nuestra mision, y nos limitaremos desde luego á poner en claro el pensamiento de nuestro artículo, para que desde luego se conozca nuestra tendencia.

Bajo el epígrafe que dejamos consignado y con la ligera indicacion que precede, fácil es comprender que nos referimos al general clamoreo que se alzó contra las funciones de toros, con motivo de la terrible desgracia ocurrida en la plaza de esta Córte el dia de la primera corrida con que se inauguró la presente temporada. Sobre este triste suceso, ó mas bien la cuestion que ha producido, nos creemos en el deber de llamar la atencion de nuestras lectoras con algunas importantes consideraciones, por mas que á primera vista

parezcan en gran manera extrañas á una Revista de Educacion dedicada al bello sexo.

Lamentamos como el que mas el tremendo azar que instantáneamente abrió la tumba á un hombre lleno de vida, produciendo gran consternacion en el inmenso concurso que encerraba el recinto tauromáquico; y renunciamos á describir el cuadro tristísimo y sangriento que ofreció el espectáculo de aquel dia, por no causar á nuestras sensibles lectoras una impresion en extremo dolorosa. Dejamos tambien á un lado todas las consideraciones, á juicio de muchas personas las mas importantes, que la prensa y oradores de los mas autorizados en el Parlamento han aducido para condenar esta clase de diversiones, y pedir que desaparezcan de las costumbres públicas de nuestro país. Damos por resuelta una cuestion que no es de nuestra competencia abordar; y concediendo que conviene á la humanidad, el buen nombre y los intereses de España, que las tan celebradas corridas de toros y arte de ejecutarlas pasen á ser un recuerdo histórico mas ó menos característico de nuestra nacion, permítasenos proponer entre los mejores y mas eficaces medios para conseguirlo, el concurso directo de la educacion pública y privada.

La educacion forma en el hombre su segunda naturaleza; y es tal el poder que sobre nuestra condicion se la ha reconocido siempre, que no en vano se la han atribuido las costumbres, creencias y civilizacion de los pueblos.

De Grecia á Roma, de Roma á la edad

media, de esta á la moderna, y por último, de una á otra época en todos los tiempos y pueblos, aun los mas antiguos del mundo, las grandes transformaciones sociales que han producido civilizaciones diversas, se vinieron preparando por la educacion; y ella las hizo insensiblemente necesarias por las nuevas condiciones en que constituyera á los hombres, formados y desarrollados bajo un poder árbitro de las necesidades humanas. Porque preciso es no dudarlo: la educacion, tomando al sér desde la cuna; vigilando y dirigiendo sus pasos hasta que empieza á declinar en la carrera de la vida; estimulando ó moderando siempre la accion de sus facultades, modifica su fuerza y hasta cambia su objeto, anulando ó creando en él sentimientos y necesidades que jamás hubiera conocido, entregado al desarrollo instintivo y natural de su organizacion. El cuerpo, la inteligencia y el corazon del niño, lo mismo que el tierno vástago de una planta cuya semilla brota en terreno fecundo, se nutren, desarrollan y crecen hasta el indeterminado máximo de su poder, adquiriendo el mas completo grado de salud, instruccion y dulce moralidad, si se han desenvuelto sus facultades con el auxilio de agentes físicos escogidos, la trasmision de rectas y numerosas ideas, la frecuente repeticion y constante espectáculo de humanitarias y piadosas acciones, fruto de una reconocida virtud. Por el contrario: de igual suerte que la semilla arrojada en terreno estéril dá origen á una planta raquítica y degenerada, el individuo crece y vive sin otra aptitud que la procedente del ejercicio de sus fuerzas en la satisfaccion de sus necesidades, ni mas inteligencia y moralidad que el resultado de la accion de sus ciegas facultades sobre las impresiones que recibe y los deseos que en él excitan los objetos que las causan, si se le deja entregado á los movimientos de su propia naturaleza, sin cuidado ni direccion en su constante y lento desarrollo. El hombre, pues, entra en las vias de una segura perfectibilidad, si al ejercicio de sus facultades presiden una vigilancia y direc-

cion ilustradas hasta llegar á su completo desenvolvimiento, que es lo que constituye esencialmente la educacion; y por el contrario, resulta con mayores ó menores defectos y aun vicios en cada una de sus condiciones naturales, segun que se ha interrumpido en mas ó en menos el concurso de la educacion á fijar el rumbo de sus facultades.

Entre los medios, aunque no siempre directos, con que la educacion cuenta para llegar á sus altos fines, y que la vida social ofrece aun fuera de los reglados preceptos de aquella, se cuentan como de una eficacia moral incuestionable el hábito y el ejemplo. Estos medios, tanto de educacion particular como pública, son á la vez resultado de los esfuerzos educativos en las generaciones venideras, ligándose el uno al otro para satisfacer el espíritu de imitacion que predomina en el período mas activo del desarrollo humano. La frecuente repeticion de actos, producto necesario de los hábitos adquiridos por aquellos que nos rodean, ofrecen un constante ejemplo que seguir á todos los que desprovistos de la fuerza necesaria para penetrar aislados en el difícil camino de la vida, marchan con paso firme sobre las huellas que le van trazando los que le preceden. Así se transmiten los hábitos de unas en otras generaciones, dando lugar en cada una al ejemplo, medio natural y sencillo de trasmision, á que en vano resiste la condicion humana, sin una voluntad firme y resuelta para romper ese lazo que establece la continuidad en las costumbres, creencias y gustos de los pueblos.

Ahora bien: ¿cómo romper ese lazo de continuidad porque se vienen sucediendo los espectáculos de toros, de cuya supresion se trata á impulsos de la opinion casi unánimemente pronunciada? ¿Cómo abolir la costumbre tan arraigada de que nuestro país se entregue y goce en esta clase de peligrosas funciones, en que la lid del valor y la inteligencia humana con la feroz bravura del bruto dá ocasion á sangrientas escenas de una influencia perniciosa en el sentimiento y carácter na-

cional de España? No discutiremos sobre los medios todos de llegar á un fin satisfactorio. Nos haremos cargo solamente de la cooperacion que puede prestar la educacion al deseo público y privado, y aun á las medidas gubernativas que pudieran adoptarse para llegar á la supresion mas ó menos inmediata de esta clase de espectáculos.

La madre de familia, voluntad suprema que decreta y sanciona los actos en cuya ejemplar escuela se han de amaestrar sus hijos para venir á la vida social, interponga su veto á la asistencia de ellos á semejantes funciones; y manteniendo viva la repugnancia y aun el temor que á todos nos causan en la infancia, premie con pródiga mano la renuncia que á ellos hicieren las dulces prendas de su corazon; prohibálo terminantemente á sus hijas con solo mantener en ellas su natural aversion á escenas de sangre y horror que su timidez natural rechaza, y habrán dado el primer paso, y el mas trascendental sin duda, para la supresion de las lidias de toros. Si ellas están en nuestras costumbres y merecen respetarse para no provocar peligros y sobrecitar las causas que las mantienen, acúdase al medio poderoso de modificar el sentimiento que satisfacen, para que dejen de ser conformes á las necesidades que él crea. Redúzcanse sus ejemplares efectos á aquellos individuos para quienes es difícil, si no imposible, contrariar sus inclinaciones hácia goces é impresiones tan extraordinarias; y favorézcase la accion de la educacion sobre la infancia y el bello sexo, para que haya un cambio saludable sobre este punto en la opinion y sentimientos de la generacion que nos ha de suceder inmediatamente. No solo la madre de familia, sino todos los agentes de la educacion privada y pública, pueden contribuir eficazmente á esta gran obra, estableciendo un prudente sistema de estímulos y recompensas que despierten la tendencia repulsiva que puede arrancar de cuajo una costumbre tan hondamente arraigada en la generalidad de los españoles. Creemos firme-

mente que este solo medio dará resultados maravillosos en las grandes poblaciones; y mucho mas inmediatos, si la administracion restringe las prerogativas de las empresas estableciendo prohibiciones, ó dificulta la concurrencia de los niños á estos espectáculos, imponiendo mayores dispendios que los de costumbre para su entrada, ó de otra cualquiera manera. Sin embargo, todo lo que sobre este asunto puede conseguirse lo esperamos confiadamente de la saludable influencia de la educacion, y mas principalmente de la muger, como su principal agente y regulador de las costumbres domésticas.

L. R. Y P.

LA PASION EN LA FAMILIA.

¿Encontráramos palabras, no diremos bastante enérgicas, sino por el contrario, bastante moderadas para pintar el cuadro de una pasion enemiga de la paz doméstica? No lo intentaremos, porque pintar la pasion, aunque sea para combatirla, es favorecerla: nos limitaremos á copiar de un libro místico estas admirables palabras: *Lo que primero se presenta al espíritu es un simple pensamiento, luego una fuerte imaginacion, despues el placer y un mal anhelo, y en fin, el consentimiento.* ¿Qué ciencia del alma poseia este religioso que, en el retiro de una celda monástica, describia en términos tan concisos y patéticos toda la historia de las pasiones humanas?

Tal es el mal: ¿cuál es el remedio? El mismo libro nos lo enseña tambien: *Es necesario estar muy vigilante al principio, porque cuanto mayores llegan á ser el descuido y la alucinacion, mas débil se hace la voluntad y mas poderoso el enemigo.* Pero al principio es cuando se vigila menos, porque ¿qué es una sonrisa?... ¿qué es una palabra amable?... Sin embargo, ello es que el espíritu que al principio encontró en la debilidad del enemigo un pretexto para descuidarse, encuentra

despues que se le ha hecho fuerte un nuevo pretexto para sucumbir, y de este modo se vé distraido y sucesivamente vencido por dos sofismas: al principio «no merece la pena;» y despues «ya es tarde.» Mas estos sofismas no deben influir en nuestro ánimo, porque nunca es demasiado tarde ó temprano para salvar la paz del alma.

Tambien conviene no dejarse alucinar por el colorido con que algunos novelistas llenan de encantos la pasion, ni por otros sofismas con que la razonan. No está vedado al escritor el pintar la pasion; pero debe abstenerse de darle la razon, y sin embargo, hay libros que enseñan á la muger que la vida apacible solo es propia de séres vulgares, y que las almas grandes y elevadas tienen otras leyes: libros que consideran el deber como convenion y la virtud como debilidad; que presentan á los ojos delirios de felicidad que excluyen los placeres moderados, los afectos inocentes, los deberes mas graves y las mas bellas virtudes: en fin, libros que hacen creer que solo hay grandeza en la pasion. ¡Menguada doctrina que á tantas criaturas extravía! porque aquellos que han sacudido el yugo de una pasion encuentran en estos principios una vana justificacion; los que están en la pendiente y fascinados se dejan arrastrar al fondo del abismo, y por último, las ignorantes reciben gérmenes que crecen, fructifican y llegan á envenenar almas nacidas para el bien, que sin las fatales luces que les han sido dadas de las borrascas del corazon, hubieran seguido el curso de una existencia inocente y apacible.

No es nuestro propósito combatir en este artículo las causas que pueden mover y dirigir en mal sentido la pasion, sino trazar la línea de conducta que una muger digna debe seguir cuando la paz conyugal ha sido turbada por una pasion de su marido.

Cuando el marido se extravía, cuando sus desórdenes comprometen á la familia, debe la muger reconquistarle con las armas dulces y poderosas que la naturaleza y el amor han

puesto en manos de ella. Empresa es esta, en verdad, nada fácil, y mas de una muger desanimada cede y renuncia desde el primer choque; porque, en efecto, cuando una esposa ignora la corrupcion humana, cuando, por su pureza é inocencia, apenas cree en la realidad del vicio, ¡qué decepcion experimenta al encontrar tan culpable al sér á quien ella debe obediencia y respeto! Cuanto mas altas y puras ideas tiene de la santidad de la familia, mas terrible es su caida, y llega á verse muy cerca de la desesperacion, al reconocer que aquel que es y debe ser el objeto predilecto de su estimacion vá á merecer el desprecio de los demás. La muger, capaz de esta consideracion, sabe devorar su amargura en silencio ante toda persona que no sea su marido; pero ¡cuántas luchas en su alma desconcertada! ¡Cómo conciliar su razon y su deber? ¡Cómo ahogar la voz interior que clama contra la traicion? Si ella ama, ¡qué caida tan funesta! y si no ama, ¡cuánto mas funesta aun! Pero si la muger cede á su desaliento, todo está perdido; por eso seria de desear que ninguna jóven llevase al matrimonio demasiada inexperiencia: sin necesidad de asustarla indiscretamente á cada paso, bueno seria tal vez que fuese preparada para las pruebas de la vida; no solo para que no sucumba al dolor del primer desencanto, sino para que no destruya por sí misma las últimas probabilidades de su felicidad con violencias inoportunas é irreparables.

Pero es muy raro que la muger renuncie desde luego á la esperanza de restablecer el órden y la tranquilidad en el hogar doméstico; porque su viva naturaleza con la misma facilidad se abate que se reanima, y su pensamiento dominante es luchar con animosidad. Se gasta y amortigua este valor ejercitándolo sin alcanzar buen éxito; pero la muger no debe desistir, sino despues de haber agotado cuantos recursos le dicte su buen juicio, paciencia, ternura, llanto, buen humor, silencio, todos estos medios son armas en sus manos; y aunque solo consiga atajar el mal y comba-

tir sus progresos, no habrán sido inútiles sus cuidados, pues no es el éxito lo que ella debe mirar mas, sino el deber.

Lo mas difícil para una muger que con pura y tranquila conciencia lucha contra los desórdenes de su marido, es el conciliar los justos miramientos que le debe siempre con la aversion que no puede eximirse de experimentar hácia las faltas de él; pero una muger indigna no dejará de hallar un pretexto para usurpar la autoridad; y si bien es indudable que este es uno de los casos en que semejante extremo se hace necesario, en general no será por esta via por donde la muger hará que vuelva el extraviado marido.

Se ha disputado para la muger el derecho de compensar las faltas de su marido con faltas iguales; pero nada mas funesto que semejante principio: innecesario es probar que la infidelidad no tiene las mismas consecuencias de una parte que de la otra, aparte de que el mal nunca justifica al mal. Solo conocemos dos proceder dignos de una buena esposa alevosamente agraviada: una valerosa clemencia mientras que el mal es reparable; y cuando no lo es, una noble resignacion.

¡La resignacion! He aquí una virtud muy difícil de ejercitar: nada tiene que hablar á la imaginacion, algunos la llaman cobardía, carece del favor de los hombres y rara vez tiene su recompensa. ¡Qué débiles y ciegas son las opiniones de los hombres! ¡No hay mas grandeza en una silenciosa paciencia y en un austero retraimiento, que en los enojos de una cólera imprudente y en las fáciles represalias de la traicion?

No es esto decir que la esposa deba soportarlo todo: la religion y la moral no prohiben que la muger salve los últimos restos de su malograda dicha condenándose á la soledad; las leyes le conceden apoyo cuando la situacion no es llevadera, cuando el interés de los hijos reclama semejante separacion: ¡caiga entonces la responsabilidad sobre el que haya ocasionado tal extremo!

Pero sea que la muger adopte esta deter-

minacion, ó que por un heroismo mas grande aun, soporte su desgracia con valor, no olvide que nada puede contra el destino, y que no le son permitidos otros consuelos que los de la virtud y la maternidad. Confesamos que en este punto no se basta la virtud á sí misma y necesita un punto de apoyo que solo puede ser el sentimiento religioso; porque la piedad, tan conveniente al corazon del hombre, tan conveniente al corazon de la muger, tan conveniente en la alegría, tan conveniente en la adversidad, es la única arma que puede proteger á la muger contra sí misma y contra las tentaciones de la venganza.

He aquí nuestro ideal de la vida de la muger: administrar su casa con orden y buen gusto, educar á sus hijos con dulzura y sin debilidad y gobernar á los criados con firmeza y humanidad; nivelarse con su marido cultivando cuidadosamente sus propias facultades, interesarse en sus ideas y en su carrera y hacerle agradables sus ratos libres en la casa; aconsejarle, apoyarle, animarle y consolarle; si se extravía, hacer porque vuelva al hogar de la familia, y purificarlo todo en derredor de sí misma por medio de su propia pureza; y si todo esto es infructuoso, si se vé reducida á un amor sin esperanza, ó á una virtud no estimada y sin amor, salvarse con una piadosa resignacion: tal es el ideal de la muger, el único que conviene á la ternura de su alma, el único que le deja todo su encanto, sin quitar nada á su nobleza y dignidad.

J. T. L.

LECTURAS QUE CONVIENEN Á UNA JOVEN.

La lectura de buenos libros es un excelente medio de ilustracion y cultura para la muger, que merece ser dirigido con tino, así como emplearse oportunamente; es decir, en esa edad de la vida en que se tiene, no solo la mayor energía de su aptitud intelectual y moral, sino la mayor facilidad tambien de consagrar á este objeto mas tiempo y atencion. La muger jóven es, pues, la que se halla en circunstancias mas

convenientes para buscar y hallar en la lectura instrucción, moralidad, recreo y cuantos beneficios puede reportar este medio de educación al cuerpo, la inteligencia y el espíritu, á fin de prepararse á la vida que la reserva el destino. Esto supuesto y dirigiéndonos á las jóvenes, muy principalmente á las que ya tienen adquirido el hábito de la lectura, y diariamente devoran multitud de novelas y comedias, que quizá llevan á su inteligencia la terrible oscuridad del error, ó derraman en su inocente corazón la ponzoña corruptora del vicio, vamos á darlas unas ligeras indicaciones que las sirvan de provechoso guía en este ejercicio, cuando no tengan á su lado una persona suficientemente ilustrada bajo cuya elección adopte los libros en que haga su lectura.

Nuestras indicaciones, nos permitiremos decirlo, van á ser una especie de criterio ó *medida moral* que las sirva para juzgar de la bondad de un libro, antes que pueda haber causado todo el daño é irreparable mal que pudiera causar su lectura: es decir, serán un medio para apreciar moralmente todas las producciones del entendimiento, ya para condenarlas, ya para absolverlas, ya, en fin, para aquilatar todo su mérito y el valor de las virtudes á que afecta; porque en cuanto á juzgar del talento con que está escrito, la misma lectora se ha de ir formando su criterio á medida que aumente el cultivo de su inteligencia.

Empecemos, pues, nuestra tarea, cuya sencillez no sorprenda, y sirva para fijar la atención de las jóvenes hasta aprender, si cabe, de memoria estos ligeros indicantes.

La filosofía de todos los pueblos se reduce á dos sistemas en que los unos pretenden que las ideas del hombre son innatas en él, y le vienen directamente del Criador que las ha impreso en el alma que encierra en sí mismo. Los otros no admiten ninguna idea en el hombre, anterior á la percepción de sus sentidos; ó en otros términos, estos materializan el pensamiento del hombre, hasta el punto de considerarlo como una secreción del cerebro. A los primeros se los llama espiritualistas, y á los segundos materialistas. Pero no es de este lugar tratar de esta cuestión en su fondo, sino procurar que nuestras jóvenes puedan distinguir por los libros que leen estos dos partidos, á uno de los cuales se han de afiliar más tarde, si bien las más han de ser idealistas ó espiritualistas, para lo cual las prepara su condición misma.

Si el idealismo se perdiera, la muger, que ha creado la virtud, lo inventaría de nuevo. La muger, pues, no hay que dudarle, será siempre espiritua- lista.

La literatura de todos los países se divide también en los dos campos que lo está la filosofía, y he aquí por qué conviene á las jóvenes tener la noción de los dos partidos, á fin de contar con una base segura para el juicio que formen de sus libros.

Los grandes literatos de todos los países son idealistas: crean seres que salen de sus grandes almas, como Minerva de la frente de Júpiter; seres que se distinguen de los hombres ordinarios, por un ideal cualquiera.

Ideal proviene de idea, que quiere decir imágen, vision. En efecto, el hombre ideal vé más alto y más lejos que el hombre ordinario. Los idealistas son prébites de alma que desprecian los hechos cercanos y las miserias del día.

El ideal es á la vez el infinitivo, la justicia y la inmortalidad.

El hombre ideal sacrifica siempre el interés á la razón, el placer material á un principio intelectual, el momento á la eternidad, toda una vida, en fin, á un rayo de gloria inmortal.

Lo ideal es Dios hecho hombre.

Los escritores idealistas no tienen nada de exclusivamente nacional, porque lo ideal es lo mismo en todas las naciones, y solo varía en la forma para cada una. Se los llama también poetas, porque la mayor parte de los idealistas han escrito en verso, y el verso es el ideal de la lengua.

No solamente deben leer las jóvenes los grandes poetas de todas las naciones con frecuencia é interés, sino que convendría que se impusieran la obligación de hacerlo, por lo menos de los poetas nacionales; porque en las obras de estos genios hallarán un tesoro de grandes ideas, preciosos detalles, puros y elevados sentimientos que sirvan de consuelo á las aflicciones de su alma, y de bálsamo á las heridas de su corazón. No hay disgusto en la juventud que no se calme con la lectura de un gran poeta.

B. G.

AMOR FILIAL.

SEGUNDA PARTE.

Prueba y recompensa.

Tres años han pasado desde los sucesos antes referidos.

El príncipe Tolskoi habia sentido un dolor extremado al saber la muerte de su hija: de su orden se practicaron muchas investigaciones por personas de confianza, que en vano exploraron el precipicio; las aguas habian absorbido para siempre el cuerpo de la desgraciada princesa, cuyo chal fué el único vestigio hallado, y se perdió al fin toda esperanza.

En los primeros tiempos parecióle imposible al príncipe pasarse sin su hija; pero bien pronto las nuevas proposiciones que se le hicieron para su regreso á la corte vinieron á dulcificar su dolor, que fué cediendo ante la idea de recobrar el favor del Czar y su puesto en palacio.

A los seis meses, establecido ya en la corte, volvió á casarse el príncipe, adoptando al propio tiempo á su hijastra Teodora, jóven de doce años, fruto del primer matrimonio de su madre, con un conde ruso, que se arruinó por el juego. Y poco despues fué enviado por el emperador al Cáucaso para pacificar este país revolucionado; pero desgraciadamente recibió una herida en la cabeza y perdió por consecuencia de ella la vista.

Luego que Olga llegó á saber en su retiro este triste acontecimiento, adoptó sin vacilar su partido: quiso volver al lado de su padre, no como la heredera de una de las mas elevadas familias de la aristocracia rusa, no como quien debia mandar en su palacio, sino humildemente como una bienhechora oculta, destinada solo á enjugar las lágrimas del dolor ó de la desesperacion.

En vano fué que Wasili la hiciese presente las dificultades de su proyecto; nada detuvo á aquel modelo de amor filial: su puesto, decia, estaba señalado por el deber al lado de su pobre padre, paciente y desconsolado, que se hallaba entregado á manos mercenarias. Ella le cuidaria como hija, y si algun dia recobraba la vista, se retiraria de nuevo para sepultarse en el oscuro retiro donde por tanto tiempo habia permanecido oculta á sus miradas.

Wasili se dejó convencer, é hizo los preparativos de marcha, presentándose á los pocos dias en el palacio del príncipe. Reconocido al momento y recibido con júbilo por todos los antiguos criados de la casa, que recordaban haber hallado siempre en él un protector, Wasili fué llevado casi en triunfo hasta la habitacion del príncipe, que se encontraba solo, triste, víctima de una afeccion moral mas dolorosa que sus padecimientos fisicos.

El ayuda de cámara indicó á Wasili que guardase si-

lencio, pues queria preparar á su amo para la grata sorpresa que le esperaba; mas esta precaucion era inútil: el príncipe habia oido aclamar el nombre de su favorito, del amigo de su infancia, y sus brazos le esperaban abiertos para estrecharle sobre el corazon.

—Al fin vuelves á mí, querido Wasili,—dijo con emocion.

—Señor, la desgracia os ha herido, y mi sitio, de hoy mas, está á vuestro lado.

—Amigo mio, el eco de tu voz querida me causa gran placer; parece que una parte de mis males se disipa al oirla.

—Gracias, señor. Pero antes de quedarme tengo que pedir os una gracia.

—Habla, que desde luego te la otorgo.

—Tengo una sobrina, á quien no puedo abandonar, y desearia que fuese tambien recibida en el palacio.

—Con mucho gusto: será la compañera de mi hija.

Wasili suspiró, pues habia oido decir que la condesita Teodora no tenia buen carácter, temiendo lo que habria de sufrir con este motivo su jóven protegida; pero se vió obligado á aceptar para esta aquella colocacion, pues le era imposible introducirla bajo otro pretexto cualquiera. Sin embargo, intentó por la siguiente objecion procurar á Olga alguna libertad.

—Príncipe, mi sobrina no habla bien la lengua rusa, y temo que la condesa se fastidie de oir siempre nuestro dialecto.

—Al contrario, desea infinito perfeccionarse en él, y estoy seguro de que me agradecerá la compañera que la destino. Sin duda te habrá acompañado tu sobrina: ve á buscarla, mientras yo prevengo á Teodora.

Cuando Wasili volvió venia seguido de Olga, quien, pálida y conmovida, apenas podia sostenerse, pintándose en sus facciones la mayor ansiedad, pues temia ser reconocida por algun criado antiguo de la casa. Wasili la animaba, diciéndola que en aquellos tres años habia cambiado de tal modo, que él mismo no la habria reconocido si no hubiese estado constantemente á su lado; y con efecto, la expresion de sus ojos y toda su fisonomía habian experimentado una metamórfosis completa; por otra parte, la vida de trabajo material, que reemplazó á la de ociosidad en que pasó su infancia, habia desenvuelto sus fuerzas y desarrollado su fisico; de modo que la niña delicada habia desaparecido, convirtiéndose en una alta y bella jóven, de facciones finas y espirituales, sí, pero hermoseadas por un color que revelaba su buena salud.

Solamente un padre podia reconocerla, y el suyo ¡era ciego! Wasili temió que su voz de timbre argentino y encantador la hiciese traicion; pero Olga debia hablar siempre en tcherkesse, lengua que habia aprendido recientemente y en la que su padre jamás la habia oido una palabra. Todas las precauciones estaban tomadas para ase-

gurar el incógnito, sustituyendo el nombre de Olga por el de Lisabeta.

No entró esta en casa de su padre bajo buenos auspicios, pues el príncipe no pudo conseguir que Teodora recibiese con afabilidad á la jóven amiga que la destinaba, diciendo aquella que iba á serle insoportable tener siempre á su lado una especie de salvaje: así, apenas dirigió una mirada altanera á la pobre Olga, y desde aquel momento la vida de la virtuosa jóven fué una lucha continua contra la malevolencia de la condesa. Sufrió todas las humillaciones posibles, sin que un dia, una hora, ni un minuto siquiera, dejasen de proporcionarle algun nuevo sufrimiento; con lo cual su pobre corazon se sentia duramente oprimido por el dolor, sus fuerzas llegaban á veces á faltarla, y una tristeza profunda se apoderaba de ella; pero el recuerdo de su padre venia siempre á inspirarla valor, y por él continuaba su vida de abnegacion.

Todo su placer era estar con el príncipe: entonces le leia sus poetas favoritos, le hablaba de sus campañas, ó le encantaba entonando algunos aires y baladas de las montañas, prodigándole el tesoro inagotable de dulcísimas atenciones que la mano de una hija amante sabe explotar para embellecer los tristes dias de un padre anciano ó enfermo, y sintiéndose ámpliamente recompensada de todo cuando el príncipe la decia:

—Querida niña, me haceis tan dichoso como en otro tiempo mi hija amada.

Olga, ó Lisabeta, evitaba todas las ocasiones que hubieran podido descubrir al príncipe los modales altaneros de la condesa con ella: temia que el príncipe la reprendiese, y que por su causa entrase la discordia en casa de su padre. Sin embargo, una mañana se reveló ante este todo el orgullo de Teodora: hallábase reunida toda la familia en el salon, y con ella Olga, á quien su ama habia llamado para que la enseñase á hacer una trenza como las que las tcherkesses hacian tan hábilmente: además, estaban presentes muchos amigos de la vecindad, y reinaba en todos una grande alegría, cuando un niño entró con una bella flor de púrpura en la mano, diciendo:

—Mira, Lisabeta, mira qué hermosa flor de brezo.

—Señorito,—dijo dulcemente Olga,—esa no es la flor del brezo, sino una *buserola*.

—Yo te digo que sí; mi aya la llama siempre de ese modo.

—Pues se engaña, confundiendo las dos plantas que se parecen mucho.

—Yo te digo que ella me lo ha dicho así muchas veces,—replicó el obstinado niño.

Olga iba entonces á explicarle las diferencias entre ambas flores, cuando Teodora la dijo imperiosamente:

—Extraño mucho que os atrevais á hablar sin nuestro permiso: debíais recordar que si os he hecho venir aquí,

ha sido para enseñarme á hacer las trenzas, no para darnos á conocer las flores.

—Pero...—repuso tímidamente Olga.

—Callad, y no olvideis nunca quién sois en este palacio: salid, ya no necesito de vos.

Estas duras palabras hirieron como un rayo á la pobre Olga, que permaneció inmóvil como una estatua; mas á poco, recobrando su energía, cruzó con paso incierto el salon, é iba á salir, cuando con admiracion de todos vióse al príncipe Nicolás Dunakoff levantarse de su sillón precipitadamente, dirigirse á abrir la puerta para que saliera Olga, é inclinarse respetuosamente á su paso. Tan turbada estaba la jóven, que apenas pudo notar esta muestra de deferencia, y al llegar á su cuarto, se dejó caer en un sofá anegada en lágrimas; y era presa del mas vivo dolor cuando sintió que alguien la abrazaba suavemente. Era el niño, causa involuntaria de su disgusto, que, subido sobre un taburete, la habia echado al cuello sus bracitos y la cubria de besos, diciéndola:

—No llores, Lisabeta, yo te lo ruego: creeré todo lo que tú me digas. ¡Te quiero tanto! y ¡tengo tanta pena al verte así! Perdóname, que no lo volveré á hacer.

—Corazoncito mio,—le contestó Olga devolviéndole sus besos,—ya estoy consolada.

Y aquella valerosa jóven dominó su dolor para no afligir al niño, que con sus caricias trataba de hacerla olvidar las palabras de la orgullosa Teodora.

Mientras tanto se habia suscitado en el salon una discusion muy viva entre el príncipe Tolskoi y Teodora. El padre habia reprendido á esta severamente por el modo con que habia tratado á la sobrina, no de uno de sus criados, sino de uno de sus amigos: Teodora no habia podido sufrir estas reconvenciones, y el debate amenazaba agriarse demasiado, cuando el príncipe Nicolás dijo:

—No os incomodeis, príncipe; la señorita Teodora se arrepentirá sin duda de su orgullo.

—¿Yó? ¡Jamás!

—No sabeis, señorita, lo que puede sucederos.

—¿Pensais acaso que tendré yo que servir algun día?—dijo desdeñosamente Teodora.

—¡Quién sabe! No puede preverse lo futuro.

—En verdad, príncipe, que teneis una manera singular de defender á vuestros protegidos.

—¿Mis protegidos?

—Sí, sí; porque no puede dudarse de vuestro interés por esa tcherkesse: vuestras maneras respetuosas con ella son ciertamente extrañas.

—¿Por qué? Observo que la conducta llena de dignidad de la señorita Lisabeta merece respeto, y como me he hecho un deber de manifestar mi estimacion á todo el que sea digno de ella, cualquiera que sea su clase, me he inclinado ante esa jóven, á quien vos echábais de aquí; porque he creído que en no haceros sentir, como podía, la

injusticia de vuestra reprension, ha sido ella quien ha obrado como una gran señora, y no vos.

A estas palabras Teodora se puso pálida de furor y se apresuró á cambiar de conversacion, prometiéndose en el fondo de su corazon hacer pagar caro á Lisabeta la humillacion que acababa de sufrir.

En vano procuró Olga en los dias siguientes recobrar la gracia de su ama, que no se dignaba responderla, fingiendo no apercibirse de los esfuerzos de aquella para agradarla. Así fué que poco á poco concluyó Olga por dedicarse enteramente al servicio del padre, y estos momentos tan dulces para su corazon la hicieron olvidar las penas sufridas desde el principio de su residencia en San Petersburgo.

Sin embargo, Teodora no habia olvidado su venganza, y trabajaba calurosamente por consumarla. Empezó por insinuar á su madre cuán extraño era el imperio que Wasili ejercia sobre el príncipe; haciéndola notar que desde la venida de Lisabeta apenas salia su padre adoptivo de sus habitaciones y que ella misma no parecia inspirarle gran interés. Observaba, decia la condesita, que Tolskoi, tan indulgente antes con ella, ahora la reprendia por la cosa mas insignificante, y esto sin duda era efecto de los consejos de aquella jóven, que se atrevia á querer suplantarla en el corazon del príncipe.

Y diciendo esto Teodora, echaba siempre á llorar.

Al principio hizo poco caso su madre de estas quejas; pero en fuerza de oirlas, llegó á cansarse y determinó hacer desaparecer su causa. Aprovechóse de una ausencia de Wasili para conseguir de su marido que no tuviese tan frecuentemente á su lado á Lisabeta y que tratase de distraerse en la sociedad: el príncipe, deseando complacerla, cedió; y por entonces vióse Olga privada de su mayor satisfaccion, de su única felicidad.

Wasili, apercibiéndose de este abandono y sufriendo horriblemente por su amada señorita, la suplicó varias veces que se volviese con él á su retiro; pero le respondia siempre:

—¿Qué seria de mi padre sin tus cuidados? ¡Está tan contento por tu vuelta!

Si la pobre Lisabeta era aborrecida de Teodora, no la sucedia lo mismo respecto á los criados y siervos de la casa; porque empleaba frecuentemente la influencia de Wasili para obtener el perdon de los últimos, cuando cometian alguna falta, y su nombre era repetido con entusiasmo y gratitud por todos ellos. Esto era un nuevo estímulo á la cólera de Teodora, no porque tuviera precisamente mal corazon, sino que su orgullo no podia sufrir que una muger del pueblo la fuese superior en algo: sin embargo, acercábase el momento en que ella misma debia inclinar su cabeza ante la grandeza de alma de aquella jóven.

Una horrible epidemia invadió la Rusia: por do quie-

ra hacia estragos espantosos, y miles de víctimas sucumbian por ella, esparciendo un luto general por todo el reino. La madre de Teodora fué uno de los primeros casos de la enfermedad y muy pronto la tumba se cerró sobre ella: su hija la siguió en el lecho del dolor, donde los médicos la abandonaron ya por muerta para ir á prestar sus auxilios á otros enfermos; y desde este momento Olga, sin escuchar las súplicas de Wasili, se encerró en el cuarto de la moribunda despreciando el peligro del contagio, y minuto á minuto disputó á la muerte su presa casi segura.

En los delirios que la fiebre la ocasionaba, Teodora dirigia á su caritativa enfermera las mas duras espresiones, queria arrojarla de allí; y luego, cuando el acceso habia pasado, la suplicaba que no la abandonase: entonces Olga la animaba dulcemente, concluyendo siempre por inspirarla algo de la tranquilidad que tanto necesitaba.

Durante las noches que la jóven pasaba velando á la cabecera de la condesa, habia visto al príncipe Nicolás pasar muchas veces por debajo de la ventana del cuarto: una mañana se acercó, y la dijo:

—Os fatigais demasiado, Lisabeta, y acabareis por poneros mala.

—Dios me dará fuerzas para cumplir mi deber.

—Sin duda, pero es preciso no abusar de ellas. ¿Queréis que os envíe algun criado?

—Nó, gracias: adios; si se despertase la condesa sentiria no verme á su lado.

—Sin embargo, recibe mal vuestros cuidados.

—Cuando tiene fiebre, la pobre no sabe lo que dice. ¿Cómo están el príncipe y Wasili?

—Bien. Estad tranquila. Wasili, no pudiendo dejar á su amo, me encarga sea su intérprete con vos; y os suplica tomeis el descanso que necesitais. Pero veo con disgusto que ni su voz ni la mia bastan á convenceros.

—Os aseguro, príncipe, que cuando la enfermedad haya pasado me encontrareis dispuesta á seguir vuestros consejos,—dijo Olga sonriendo.

—A buen tiempo, repuso el príncipe: tentaciones me dan de no entregaros el ramo diario que os envia vuestro tío, para castigar vuestra desobediencia.

—¡Oh! Dádmelo, dádmelo. ¡Me gusta tanto aspirar el perfume de estas flores!

Y Olga aspiraba con afan el lindo ramo.

Un movimiento de la enferma puso fin á esta conversacion, y apenas tuvo tiempo la jóven para encargar á Nicolás que diese por ella las gracias á su tío. Si Olga hubiese notado la sonrisa que al oír esto se dibujó en los labios del príncipe, hubiera adivinado que Wasili estaba inocente de aquel regalo y que era otra la mano que despojaba el jardin de sus mas bellas flores para proporcionarla algun placer.

Hacia mucho tiempo que Olga, sin apercibirse de ello, habia inspirado el mas profundo cariño al príncipe Nico-

lás: este jóven, emparentado con los Czares y ahijado del emperador, era primo de Teodora: estas relaciones le proporcionaron entrada franca en el palacio Tolskoi, y sus eminentes cualidades le conquistaron la amistad del príncipe; así que era tratado en la casa como un hijo.

Desde la enfermedad de su tía vivía ya en el palacio del padre de Olga, velando con viva solicitud por el pobre ciego y por las dos jóvenes; y conociendo el gusto de Olga por las flores, cuidaba de proporcionarla todos los días este inocente placer, diciéndola siempre, á fin de que aceptase sus ramos, que era Wasili el que diariamente los hacia para ella: y Olga, acostumbrada desde su infancia á las delicadas atenciones de su anciano amigo, creía con facilidad lo que el príncipe la decía.

Por fin, la enfermedad de Teodora cedió á los cuidados de Olga; pero la convalecencia fué larga, y ya el invierno habia extendido su triste manto sobre la naturaleza cuando la condesita se encontró con fuerzas para presentarse en el salon. A pesar de lo que debía á las atenciones y celo de Olga, recobró aquella con la salud su orgullo, y en vano la decía el príncipe Nicolás que sin la caritativa asistencia de tan virtuosa jóven habria sucumbido, no bastando su juventud á salvarla: Teodora seguía mostrándose ingrata como antes.

Cierto día en que el príncipe fué testigo de una de las frecuentes humillaciones que hacia sufrir á la pobre Olga, siguió luego á esta hasta el invernáculo, donde la contempló un rato viéndola pasearse sumamente agitada: tan pronto como la jóven le sintió acercarse, se apresuró á enjugar sus lágrimas, pero su rostro atestiguaba los esfuerzos que le costaba aparecer tranquila.

—¿Sufrís mucho?—la preguntó el príncipe afectuosamente.

—Nó, os lo aseguro,—contestó con voz ahogada la infeliz.

—Entonces, ¿por qué habeis dejado el salon?

—Hace allí mucho calor.

—Y ¿os venís á buscar el fresco al invernáculo?

Olga se ruborizó, y bajó los ojos no sabiendo qué decir.

—No sabeis mentir,—repuso Nicolás.—Confesad que el orgullo de mi prima es la causa de vuestro llanto, pues esa jóven suele ser insoportable.

—Sois demasiado severo: considerad que ha sido mal educada, y que desde su infancia todo se ha plegado á su voluntad, viciándose así su buen natural.

—Desengañaos, Lisabeta, mi prima no tiene corazón.

—Os engañais, sin duda, ¡es tan jóven!

—¡Tan jóven!

—Sí: no tiene mas que diez y seis años.

—Pues yo he conocido una jóven de quince, hija única de un príncipe, habituada desde la cuna al lujo, y á los honores, y á los homenajes de cuantos la rodeaban, que

una noche abandonó el palacio de su familia con un fiel servidor, dejando tras sí señales que hiciesen creer su muerte, y esto solamente por asegurar á su padre la gracia y los favores del soberano.

—¡Callad! exclamó Olga admirada.

—Aquella niña vivió durante tres años en una humilde casita, no desdeñándose en participar de los trabajos del pobre: ella, la gran señora, cuidó de la casa de su antiguo criado con la aldeana que les servía, y cuando sus ocupaciones se lo permitian, se empleaba en hacer vestidos ordinarios, que distribuía á los que eran aun mas pobres que ella; y sin reparar en el tiempo, salía diariamente de su casa para ir de una á otra parte derramando los tesoros de su caridad ardiente, ya dirigiendo dulces palabras á los que sufrían, ya haciendo limosna á los necesitados.

—¡Dios mió! ¡Dios mió!—murmuró Olga.

—Mas tarde supo que su padre habia quedado ciego, y entró como sirvienta en aquella casa donde debía mandar como señora, sufriendo con valor las infinitas humillaciones que la impuso el orgullo de otra muger. ¡Y ella tambien era jóven!... ¿Estoy bien informado, princesa Olga Tolskoi?—dijo el príncipe inclinándose respetuosa y cariñosamente.

—Príncipe, no me perdais, exclamó la jóven con angustia.

—¡Perderos! ¿No habeis adivinado que os han seguido paso á paso mi vista y mi corazón desde que, oculto tras de un árbol, sorprendí vuestra conversacion con Wasili la noche de vuestra huida? No temais, princesa, mi respeto es demasiado profundo y sincero para que pueda yo destruir vuestra felicidad: si os he hablado así, es porque ya no existen los obstáculos que os obligaban á abdicar vuestro rango. El emperador ha sabido por mí vuestra sublime abnegacion, vuestro amor filial, vuestra caridad inmensa, y esta mañana me ha entregado esta carta para la *princesa Olga Tolskoi*.

La emocion de la jóven era tan viva, que no la permitió distinguir una sola palabra de la carta que tenia en sus trémulas manos; y el príncipe, impaciente por hacerla saber su contenido, tomó la carta y leyó lo siguiente:

«Señorita:

»Vuestra piedad filial me ha conmovido, y quiero devolver á la sociedad un sér tan digno de figurar en ella con honra; así, desde este momento perdono á vuestro padre el matrimonio que contrajo sin mi licencia, y vos recobrareis vuestro nombre y el alto rango que en adelante debeis ocupar en mi córte.

»Mañana me sereis presentada por el príncipe Nicolás Dunakof, á fin de que pueda repetiros de palabra lo que mi pluma acaba de escribir.

N.....

Czar de todas las Rusias.»

Después de esta lectura, Olga quedó como extasiada, no pudiendo creer tanta dicha, y costó trabajo al príncipe convencerla de que no era juguete de una engañosa ilusión.

—Aun tengo que pedir os un favor, príncipe,—dijo Olga: amo á Teodora, á pesar de su orgullo, y cuento con vos para obtener de S. M. que parta conmigo la herencia de mi padre y siga siendo siempre mi hermana adoptiva.

—Será muy difícil, princesa: Teodora no tiene derecho alguno á vuestras riquezas.

—Os engañáis; tiene el derecho que mi cariño le dá.

Al acabar estas palabras oyeron grandes sollozos, y ambos jóvenes se volvieron sorprendidos: guiados por el ruido llegaron adonde estaba Teodora, con la cabeza entre las manos, agitándose convulsivamente víctima de un espasmo nervioso.

Acercóse Olga presurosamente, y estrechándola contra su corazón, la llamó con los nombres mas tiernos, diciéndola:

—Tranquilízate, querida mía, conservarás tus derechos, y tu fortuna será igual á la mía.

—¡Mi fortuna!—exclamó la condesa.—No pienso en ella: mis lágrimas no corren por tan poco; pero me arrepentiré toda mi vida de haber afligido á un corazón como el tuyo.

—Gracias, hermana mía: esas palabras me recompensan de todos mis disgustos, borrando lo pasado. Príncipe, —añadió Olga tendiéndole la mano,—¿cómo podré pagaros lo que os debo?

—El emperador os lo dirá mañana.

Y salió precipitadamente.

Es imposible describir la dulcísima sensación de gratitud y felicidad que inundó el alma del padre de Olga, cuyo corazón aceptó aquella alegría lleno de agradecimiento al Supremo Hacedor Juez.

Al poco tiempo dió Olga su mano al príncipe Nicolás, queriendo que Wasili la condujese al altar, mostrando por esta deferencia que su reconocimiento no hacía distinción entre ricos y pobres.

Teodora, corregida con el ejemplo de Olga, llegó á ser tan buena y afable como antes orgullosa y altanera, pues comprendió perfectamente que solo hay un orgullo legítimo, el que nace de la satisfacción de nuestra conciencia y del amor y gratitud de los desgraciados á quienes nuestra caridad ha consolado.

C. A. DE L.

BENEFICIOS DE LA EDUCACION.

El orden es una de las mas bellas virtudes en la mujer; porque sobre darla el mérito que en sí misma encierra, la comunica cierta elevación de ideas que la rodea de

gran prestigio, y la tiene á cubierto de los terribles efectos á que se expone la que lleva sin orden las tareas mas comunes de la vida. Vamos á referir una historia, en la que nuestras lectoras podrán hallar comprobada la verdad de lo que dejamos enunciado.

María era una niña que habia llegado á la edad de ocho años sin poder conseguir de ella que prestase su atención y cuidado á los objetos que poseía ó manejaba, de modo que todos los tenia siempre en el mas completo desorden. Este defecto de María tenia á sus padres en extremo desconsolados; porque hasta entonces habian puesto en juego cuantos medios consideraron eficaces para hacerla comprender la necesidad del orden, y todo habia sido en vano.

Tenia María una hermana pequeñita que se llamaba Aurora; y como esta la reprendiese sus defectos, aunque de la manera mas dulce y mesurada, la contestó bruscamente mostrándola el mayor enojo y despreciando sus observaciones. Un dia vino á verlas una tia, hermana de su madre, que traía á su hija Valentina, muy parecida en todo á Aurora, como lo revelaba desde luego hasta la compostura y aseo de su traje. La impresión que esta visita causó á María, pareció desde luego saludable; porque al oír las reflexiones que como de costumbre la hizo su madre sobre su abandono, prometió no volver á darla motivo para mas reprensiones. Ofreció corregirse, pero la ligereza con que lo tomaba todo, la hizo olvidar su resolución y su promesa.

Los padres de María, inquietos por el porvenir de su hija, trataron de corregirla á toda costa, y al efecto la pusieron en un colegio. Siempre estaba castigada por falta de cuidado; perdía sus cosas, y hasta llegaron á huir de ella las compañeras porque su condición de incorregible la hacia sufrir frecuentes encierros. Un dia que sus padres, acompañados de su hermana, fueron á verla y la llevaban muchos regalos, estaba encerrada por haber perdido la Biblia. Cuando recibió la noticia, lloró amargamente. La directora, enternecida por sus lágrimas y movida por las súplicas de sus padres, le concedió permiso para verlos solamente algunos instantes: salió, se abrazó á ellos, y llorando avergonzada los colmó de caricias, prometiéndoles corregirse. Esta vez cumplió su palabra.

Al cabo de algunos meses volvieron sus padres á verla; y como advirtiesen un cambio saludable en María, y los informes de la directora lo confirmasen asegurando que era muy otra su conducta, la prometieron sacarla del colegio pasados seis meses, si sus profesoras continuaban contentas como lo estaban al presente.

Pasados los seis meses, vinieron sus padres á buscarla y volvieron con ella á su casa contentos y satisfechos. La directora se deshacia en elogios á María: sus libros eran los mejor cuidados; habia cumplido exactamente su palabra. Dos años después tuvo la dicha de hacer su pri-

mera comunión, y era verdaderamente sublime ver en este dichoso día la alegría de su corazón.

Ambas hermanas volvieron después al colegio con el mayor gusto hasta la edad de quince años, y al restituirse después á la casa de sus padres, eran la admiración de todos por su candor, y los cuidados que prodigaban á sus padres, y con que atendían á todos los quehaceres domésticos.

T. G. S.

LA MÚSICA.

Tal es el imperio de este arte, de todos el mas universalmente sentido, que no hacen falta mas que un alma y los oídos para disfrutar de él. ¡Desgraciado el hombre de hielo que no conoce su encanto irresistible! ¡Desgraciado el político imprudente, el legislador inhábil, que tomando los hombres en abstracto, y creyendo poderlos mover como las piezas de un juego de ajedrez, olvida que tienen sentidos; que estos sentidos dan origen á las pasiones; que la ciencia de gobernar á los hombres no es, en último término, otra cosa que la ciencia de dirigir su sensibilidad; que la base de las instituciones está en las costumbres públicas y privadas, y que las bellas artes son esencialmente morales, puesto que hacen mejor y mas feliz al hombre que las cultiva!

Si esto es una verdad respecto á todas las bellas artes, mucho mas evidente es refiriéndonos á la música. Orfeo sometía los monstruos de los bosques al poder de su lira, haciéndola resonar en los montes de la Thracia; Arion escapó del naufragio; Amphion levantó ciudades, y todas estas fábulas de la antigüedad, emblema de la imaginación de los poetas, no son á los ojos de los filósofos mas que brillantes alegorías, que retratan enérgicamente el imperio real de la música. Pero si abrimos los anales históricos, hallaremos á Timoteo subyugando á Alejandro, los rústicos esparciatas proscribiendo el comercio y las artes, á escepcion de la música, y á estos mismos, vencidos muchas veces, recobrar la victoria á los cantos de Tirteo.

No hay nación alguna sobre la tierra que no ame este arte encantador; porque es como un instinto de la naturaleza, una necesidad del alma; se le halla en el campo y en los bosques, en los palacios de oro de los déspotas de Oriente y en las campiñas de la Suiza y de Sicilia; él alegra la soledad, encanta la sociedad, anima á la vez la guerra, la caza y la vida pastoral.

El niño canta sobre el seno de su madre, cuando apenas puede nombrarla; el anciano, animando sus últimos días á los rayos del sol, repite, mezclada con llanto, la canción que hizo las delicias de su infancia; las mugeres, sobre todo, dotadas de una exquisita sensibilidad, su-

perior á la nuestra, aman apasionadamente la música, que como ellas, dulcifica las costumbres, modifica la fuerza con la gracia, liga y estrecha los diversos elementos de la sociedad.

Este bello arte hace tambien encantador el estudio, y la filosofía desea sonreírle. Sócrates, en el momento de beber la cicuta, lo cultivaba en su prisión; Platon, que conocia su poder y su moralidad, lo introducía en todas las instituciones de su república, como los ministros de los diferentes cultos lo han introducido, antes y después de Platon, en todas las ceremonias religiosas. Entre nosotros, en fin, han existido sábios y sublimes escritores que han probado en excelentes obras que la elocuencia es el campo de la mas poderosa razón, y la sensibilidad no ha sido excluida por ningun profundo filósofo. El mismo Rousseau, después de haber adorado toda su vida este arte encantador, suspiraba en su vejez los sencillos romances que no habia podido cantar sin ser oído, y que llevaban á su alma, dulcemente conmovida, la melancolía que atormentaba sus últimos días.

Estas ligeras indicaciones bastan para producir el convencimiento de la importancia de la música en la educación, para que su cultivo la propague en todas las clases, y especialmente en las mugeres, dulcificando su carácter. El sentimiento moral se aviva y modifica favorablemente bajo los acordes sonidos del arte; y la infancia, arrebatada por los encantos de las armonías, entrega su alma á las sublimes inspiraciones de lo bello. Afortunadamente hoy es la enseñanza de la música un ramo que entra como imprescindible en la educación de casi todas las jóvenes de la clase media en nuestro país; pero no basta aun, conviene que se haga general, que se inicie con las primeras tareas de la instrucción, sirviendo al propio tiempo, que de medio moral y estético, de recreo y estímulo para todo lo demás que constituye una educación elemental. Las madres son las que mas pueden contribuir á este necesario adelanto, exigiéndolo primero para sus hijas, después para la infancia de ambos sexos.

N. M. I.

LA MENDIGA EN LA NOCHE DE NAVIDAD.

La nieve caía en gruesos copos, y una brisa glacial soplabá al través de los árboles despojados de sus hojas: la noche era en extremo sombría: hacia un frío horrible.

Una pobre pordiosera, sentada en las escaleras del pórtico de una iglesia, estrechaba contra su corazón á su triste hijo, á la vez que imploraba la caridad de los pios transeúntes. ¡Infortunada! la frente abatida, sumida en el dolor, gemía y lloraba, pero solo la voz del águila contestaba á sus lamentos.

De repente las campanas del templo empezaron á so-

nar, y mil luces brillaron al través de las altas vidrieras de la antigua iglesia: los fieles acudían presurosos, y bien pronto un concierto de mil voces imitaba al sagrado concierto de los ángeles.

Estos cantos celestes parecieron reanimar las fuerzas de la pordiosera; porque se levantó con su preciosa carga en los brazos, y adelantándose lentamente hacia el interior del templo, vió á todos los fieles rodeando un pesebre, donde reposaba la imágen de un niño cubierto de miserables pañales. Se celebraba la memoria de esta santa noche, en que nació tan humildemente Jesus para salvación de los hombres. La Virgen María estaba sentada á los piés del niño y le adoraba.

¡Oh tú que fuiste madre! murmuró la pobre, tú ves mi dolor, ¡ten piedad de mi hijo!

Su corazón herido quedó absorto en profunda meditación, y en su brillante mirada resplandeció una dulce esperanza.

Los cantos cesaron, la muchedumbre se deslizó hacia la puerta, las luces dejaron de iluminar el santuario, y la pobre pordiosera sin una triste limosna volvió con su hijo á su primera situación.

Muy luego cedió la oscuridad de la noche á la tibia luz de los albores del día, y la campana llamó de nuevo á los fieles. Cerca de la puerta del templo se halló la madre abrazada á su hijo. Sus almas habían volado á la eternidad para celebrar en los cielos el nacimiento del divino Jesus, sin duda porque la caridad humana les había negado un socorro para festejarla en la tierra.

No basta, pues, mis queridas lectoras, ejercer la piedad; es indispensable que ella brille pura y esplendente, acompañada de las demás virtudes sus hermanas; y para eso, que la caridad os dé los consuelos de una dicha celeste, habiendo derramado un socorro sobre la descarnada mano del triste pordiosero.

H. R.

CRISTALIZACIONES.

Todas nuestras lectoras saben que hay multitud de objetos de adorno, en los que se admira el sorprendente efecto de la capa petrificada que los cubre, y que hace en ellos el importante oficio de conservarlos además de darles belleza.

Esto es debido á una especie de envoltura que cualquiera le puede dar sin necesidad de recurrir á un medio científico-práctico especial, muy fuera del alcance de las señoras. Y para que, no estando en una fácil posibilidad otro medio, puedan conseguir la belleza y consistencia de muchas cosas que ellas mismas elaboran, y que como preciosos juguetes decoran muebles y objetos determinados de las habitaciones, vamos á exponer sencillamente el

medio que las ha de conducir al objeto, hasta el punto de poder reemplazar la capa amarilla y terrosa de algunos con una superficie de espléndidos cristales.

Se toma agua, en la que se hace una disolución de alumbre, en cantidad suficiente para que esté completamente saturada. En seguida se filtra esta agua por un papel, de modo que quede en un vaso de cristal bastante grande. Al terminar esta operación, se tendrá preparada en cantidad igual al menos para cubrir el objeto, y el adorno se lleva á cabo revistiéndose hasta de cristales.

Se deja enfriar todo el líquido, y después de esto no hay más que retirar el objeto, que estará magníficamente cubierto y con el más bello efecto. A estas cristalizaciones se les puede dar el color que se quiera: pero esto debe echarse disolviendo antes el color que se desee en la operación del filtrado. He aquí la indicación de los medios para obtener los colores más preciosos:

Azul. Los cristales de este bonito color se obtienen con la disolución de indigo en el ácido sulfúrico.

Azul claro. Se disuelve igual porción de alumbre y vitriolo azul.

Carmesí. Con la ayuda de una infusión de cochinilla y de rubia.

Amarillo. Se emplea una dosis proporcionada de azafran.

Negro. Se mezcla con el líquido la tinta china espesada por la goma arábiga.

Verde. Se echan solamente unas gotas de muriato de hierro.

Con la ayuda de estos variados medios se obtienen objetos revestidos, como cestillos, vasos, etc., etc., que pueden producir el más admirable efecto sobre muebles y chimeneas.

Estos objetos son en su mayor parte de mimbres ó alambre. En cuanto á sus formas nada tenemos que indicar, no hay más que seguir la fantasía ó el gusto.

ECONOMÍA DOMÉSTICA.

Curación instantánea de las quemaduras.

Las más fuertes quemaduras que por imprudencia ú otro accidente cualquiera puedan ocurrir, se curan instantáneamente con un procedimiento tan sencillo como económico.

Para realizarlo no hay más que tener preparada una disolución de treinta y un gramos de ópio en medio litro de espíritu de vino; se toma una pluma, y bien mojada en la disolución, se frota dos ó tres veces la quemadura. La eficacia y fácil obtención de este remedio, le hace preferible á los muchos que se recomiendan con tan pomposos anuncios.

Remedio contra la hemorragia por la nariz.

Muchos remedios populares se conocen en uso para detener la sangre por la nariz, y algunos suelen ser muy eficaces; pero muy pocos, ó ninguno, se ha recomendado además porque sirva para aliviar el padecimiento. El que nosotros recomendamos hoy tiene esta inextimable ventaja.

Un médico fué llamado para tratar una hemorragia nasal que habia resistido á los mejores y mas fuertes remedios, y se le ocurrió la idea de mandar cocer en agua la corregüela ó centinodia y aplicar grandes compresas á los sobacos del paciente.

La hemorragia no tardó en detenerse, y la eficacia de este medicamento se ha confirmado por nuevas y repetidas experiencias.

Medio sencillo para prevenir los incendios de los vestidos.

Con un poco de creta se pueden alejar de las casas los accidentes terribles producidos por el fuego, y poner un término á los espantosos relatos de jóvenes devoradas por las llamas y niños consumidos en sus cunas.

Basta tomar un pedazo de creta bien blanca, rasparla y reducirla á polvo impalpable, para mezclarla en peso

igual con el almidon que sirve para planchar ó aderezar las telas despues de lavadas ó blanqueadas. Nada mas fácil que convencerse de la realidad y la eficacia de este remedio.

Tómense dos pedazos de muselina ó gasa; pláñchese el uno por el procedimiento ordinario, y el otro con el almidon mezclado con creta, carbonato de cal ó blanco de España. Déjense á medio secar, vuélvase á planchar y cámbiense los dos pedazos de manera que no sea fácil distinguir el uno del otro.

Despues aplíqueseles la llama de una bujía, y el uno arderá con admirable rapidez produciendo una gran llama, al paso que el otro no arderá por nada del mundo, sino que se carbonizará lentamente, á menos que se tiña ó ennegrezca.

La creta no es de un precio tan elevado que los blanqueadores de telas y planchadoras no la puedan mezclar con el almidon para blanquear y aderezar las cortinillas de las vidrieras, los fichús de las señoras, los vestidos de muselina, y sobre todo, esas inmensas faldas que basta aproximar un pedazo de papel mal encendido ó la chispa de un fumador para que ardan.

E. D.

Bolsillo redondo.

Este dibujo representa en su tamaño real un objeto de los mas lindos que se pueden hacer como labor de este género. He aquí cómo se ejecuta: Empiézase por hacer una tira lisa á crochet con hilo de acero de dos mallas de ancho, estirada á los lados y fruncida en la línea media, en el centro de la cual lleva algunas vueltas de seda negra. Despues de esto, se hacen en el borde exterior dos vueltas negras muy cerradas con cordon negro fino. A estas dos vueltas dobles, siguen otras dos abiertas con barretas. Cuando las dos tapas del bolsillo estén adelantadas, se las une por el revés á favor de algunas mallas cogidas sin barretas, dejando, sin embargo, abierto el espacio necesario en la parte superior. Hecho esto, se vuelve el bolsillo al derecho, y las vueltas abiertas formarán una especie de ahuecado que, del mismo modo que una bolsa de cuero á pliegues, se mantendrá lisa por el efecto de la tirantez de la vuelta del medio, y que des-



cantidad de dinero considerable relativamente á su destino.

Cestillo de violetas para que sirva de acerico.

No se puede dar una labor de mas lindo efecto y facilidad en la ejecucion, que la representada en este dibujo. Se empieza haciendo un acerico proporcionado al tamaño que ha de tener la cesta. Este se cubre con tela verde despues que se haya rellenado de salvado: luego se adapta alrededor una série de hojas de violeta, que se tengan preparadas de antemano por el florista. Se cosen encima las violetas, que se hacen fácilmente con pedacitos de cinta estrecha de este color, algun tanto subido, pero se tendrá cuidado de juntar bien las unas á las otras. En cuanto á los pistilos de las flores, se puede, separándose ligeramente del modelo, hacerlos simplemente de lana ó en

seda floja amarillo de dos matices, por medio de un punto del nudo con el hilo enhebrado en aguja larga, para

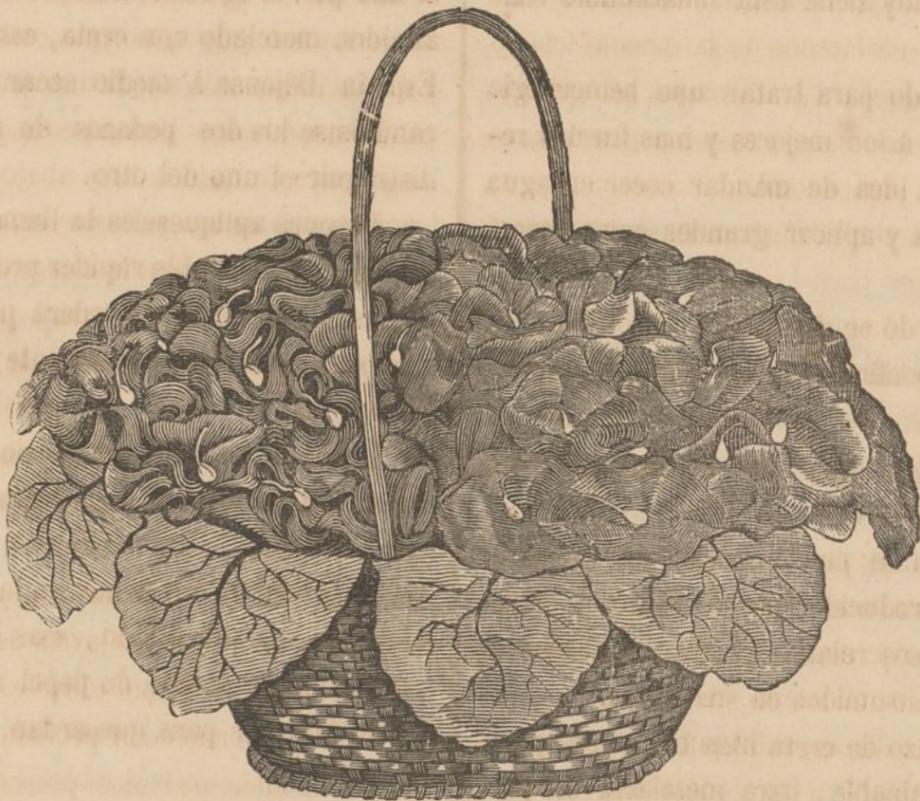
que sirva al mismo tiempo para fijar las flores sobre el acerico.

Pelerina.

La pelerina, cuyo dibujo acompañamos, es de rigor sobre vestido escotado. Se hace de muselina clara con entredos de encaje, y se guarnece alrededor con una ancha cinta de tafetan de color, terminando en un gran lazo con cabos flotantes. Un precioso rizado de cinta mas estrecha y del mismo color que el que guarnece la pelerina, sobresale y reemplaza al cuello.

Tambien se hace esta pelerina con encaje negro, pechera y vueltas adornadas con lazos de terciopelo y cintas.

C. R.



naranjado es el compuesto opuesto al azul, el verde al rojo, y el violado al amarillo.

Cada uno de los tres colores primitivos, lo mismo que cada uno de los tres compuestos, hace buena union con el blanco.

Para que haya armonía en los colores de un vestido, es necesario que las tintas estén en el orden progresivo del triángulo: si se trata de un traje brillante, es preciso recurrir á los contrastes.

T.

MODAS.

La estacion empieza á exigir de la moda creaciones que satisfagan la necesidad de preparar

lindas toilettes para las escursiones de verano, en que la belleza contraste favorablemente con una elegante sencillez. Así, empezaremos hoy por indicar el traje encantador para este objeto, antes de reseñar lo mas notable en

el gusto dominante en las toilettes de sociedad y paseo.

El carácter determinado en los trajes de campo, es sombrero redondo de ala vuelta ó caída y vestido de piqué ó nankin y chaqueta, guarnecido todo con bordado de aplicacion. Tambien se llevan vestidos con manteleta adecuada, ya de alpaca, ya de pelo de cabra, siempre colores claros. Mas adelantada la estacion, serán de rigor los chales ó manteletas de tul ó muselina. Los pardesús de telas claras guarnecidos con bieses de tafetan y abrochados por botones de metal, hacen bien para trajes de mañana.

Los vestidos de fular son los mas aceptados para la estacion en que nos hallamos, mereciendo una preferencia marcada los de color liso cuyos suaves y delicados

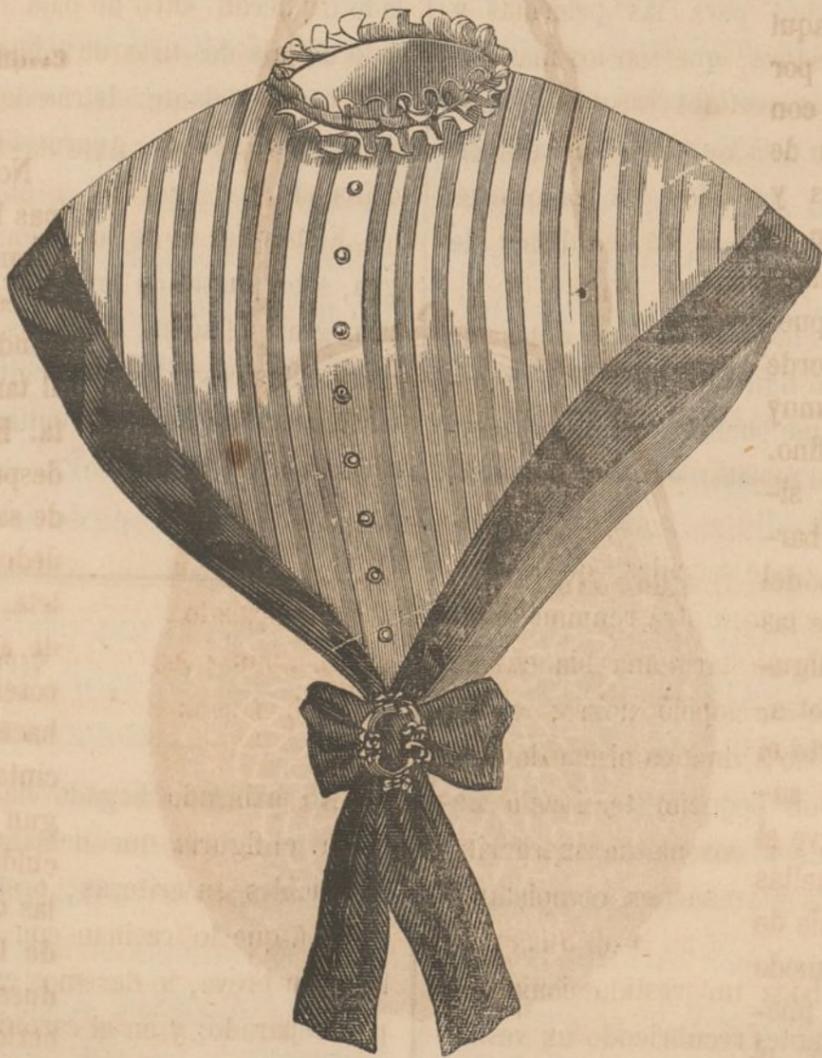
SOBRE LOS COLORES DE LOS VESTIDOS.

Es imposible atender á la elegancia descuidando la ciencia ó la teoría de los colores.

Así como los pintores jamás dejan brillar dos luces notables en un cuadro, de la misma manera una mitad del cuerpo nunca deberá ser distinguida de la otra por un color vivo y opuesto: lo que distrae la atencion ó la divide, impidiéndola abrazar el conjunto de un objeto, perjudica al efecto.

Los colores secundarios deben tener cierta relacion con el color dominante. Las tintas dominantes se dulcifican por las degradaciones; y lo que se debe evitar es la oposicion chocante; respecto á lo cual, son indispensables algunas observaciones:

Los colores primitivos, ó sean el amarillo, el rojo y el azul, ocupan los tres ángulos de un triángulo equilátero; y de sus intercepciones se componen el naranjado, el violado y el verde: el



matices armonicen agradablemente con las manteletas y los sombreros. Entre los mas lindos colores que hasta hoy se generalizan, podemos notar el reseda, hortensia, nankin de Indias, azul de China, verde claro y violeta de Parma.

El guarnecido que las mas hábiles modistas dan á los vestidos de fular, consiste en rizados de la misma tela, ó bordados de aplicacion, que les dan mayor elegancia. Tambien se llevan fulares de fondo blanco, negro ó marron, con menudos dibujos pompadour.

Para los trajes de casa conservan aun su absoluto imperio las zuavas, haciéndose para la estacion presente de ricas muselinas bordadas y guarnecidas de encaje, bajo las cuales se lleva una almilla semejante, ó una camiseta plegada. A veces se adornan con bullones sobre trasparente de cinta rosa ó azul, que armonice con el color del tocado; pero la confeccion mas elegante es blanca.

Los fichús y las pelerinas continúan mereciendo una general aceptacion, especialmente para las jóvenes, llevando un entredos de encaje negro y blanco; otras todas de encaje, muselina, tul ó tarlatana. A estas últimas se adiciona un volante á dos cabezas, sobrepuesto á pliegues, guarnecidas las cabezas con un terciopelo negro. Las mangas mas propias son de puño guarnecido con un plegado semejante.

Los adornos de pasamanería conservan aun su gran boga. Los cordones redondos ó planos, terminados por bellotas, alternan en los vestidos con los mas ricos adornos; se mezclan con los azabaches para las pelerinas y bertas á crochet ó punto de Génova, que son los mas escogidos complementos para los vestidos escotados. Los cuerpos y los largos cinturones á la Suiza llevan tambien la pasamanería en dibujos muy variados; así como otros se adornan con tafetan de color subido, ó bordados de azabaches y seda de color.

Despues de las precedentes indicaciones, y antes de hacer la descripcion de nuestro figurin, daremos á nuestras lectoras alguna idea, aunque sucinta, de otras toilettes de distincion, que segun el objeto y circunstancias, podrán merecer su preferencia.

Un traje de graciosa y elegante sencillez, que brillaria admirablemente en un concierto ú otra reunion semejante, consiste en un vestido de tarlatana blanca con siete volantes guarnecidos de terciopelo negro; cuerpo fruncido y escotado, sobrepuesto á una camiseta de muselina plegada y cerrada por un pequeño terciopelo negro. Un adorno de azabaches y corona de margaritas blancas, mezcladas con espigas y azabaches, completan la toilette.

Forma un lindo traje de boda un vestido compuesto de falda de tul con nueve volantes recubriendo un vestido de mearé antique rosa; la falda de tul vá cogida á los lados desde el bajo á la cintura con una cinta que des-

pues se remonta y cruza en el cuerpo, que es escotado y cae hácia atrás: dos grandes lazos con cabos flotantes van en la cintura sobre la cinta que recoge á los lados la falda.

Réstanos dedicar algunas palabras á la forma y guarnecido de los sombreros, que nuestras jóvenes lectoras acogerán con gusto, porque es la parte que dá mas tono y distincion á una elegante toilette.

Los sombreros redondos no están admitidos sino en las jóvenes de quince años abajo, y su lujo aumenta extraordinariamente, y hasta el punto de que cada niña elegante tenga varios de diferentes colores y adornos para que armonice con los del traje. Se llevan, pues, oscuros, negros, grises, guarnecidos de terciopelo de diferentes colores, y otros son de paja de Italia y de arroz. Las formas y gustos dominantes son: bordes del ala vueltos, adornos de terciopelo azul y pluma azul caida atrás. Otros de paja belga, adornados con un gran lazo de terciopelo cereza adelante, y una larga pluma blanca al lado.

Los sombreros de joven de carácter ó mayor edad que los anteriores, son muy estrechos y bastante elevados; llevan adornos con profusion encima y debajo del ala; y para modelo podemos presentar una capota de rosa violada con un gran lazo de cinta á la izquierda y otro sobre la copa y una cinta alrededor que atraviesa todo el sombrero y se ata atrás, donde caen dos cabos guarnecidos de seda. Encima del ala lleva dos grandes lazos al lado derecho, y un ramo de flores y hojas verdes al lado izquierdo. Otro de paja de arroz que lleva á cada lado del ala dos tiras de tafetan que se separan cada vez mas hácia adelante: detrás de estas tiras hay dos órdenes de margaritas rosa, guarnecidas con un encaje negro encañonado.

El bavolet es de tul blanco recubierto de encaje negro, sobrepuesto de uno á otro lado, atravesado por cinta negra que sujeta á los dos lados. Debajo del ala lleva margaritas rosa, lazos de cinta negra, un rizado de tul cordoneado de negro, y cintas negras.

EMILIA R. Y R.

NOTA.

No habiendo llegado de Paris, ignoramos por qué causa, el figurin que debíamos repartir hoy á nuestras apreciables suscriptoras, preferimos enviarles el número sin él á que lo reciban con atraso. Si, como esperamos, llega en breve, lo daremos en seguida con la descripcion por separado; y en el caso de que así no suceda, lo recibirán con el número inmediato, rogándolas que nos dispensen una falta bien ajena á la voluntad de la empresa.